

## DISCURSO del Sr. Leónidas Barletta,

Presidente de la Sociedad Argentina de Escritores

Al entregar el Gran Premio de Honor 1946 a  
Eduardo Mallea

(Tomado del folleto *Sociedad Argentina de Escritores*).

Me toca el privilegio de otorgar la medalla de oro del Gran Premio de Honor 1946, de la Sociedad Argentina de Escritores, al escritor Eduardo Mallea. Este subido honor, como corolario de la privanza que me han dispensado mis compañeros, al señalarme para representar al gremio, en los dos años más azarosos de la vida política del país, excediendo mis merecimientos, rebasa de satisfacción mi espíritu y compromete al máximo mi sinceridad. Porque, aparte de la más alta codicia de crear una perdurable obra de belleza, ningún halago puede ser más grato al espíritu de un escritor que el de merecer la representación de sus compañeros en las letras y cumplirla con escrupulosa lealtad, como lo hemos hecho, dentro de las cifras que determinan la naturaleza de nuestra misión.

Creo que estaremos contestes en proclamar el íntimo contento de haber desembocado, con la conciencia intacta, en una época de total revisión de las ideas y de las instituciones de la sociedad, que nos obliga a recurrir a nuestras reservas morales, para hacer frente a la fuerza bruta que pretende anular a la inteligencia.

Creo que todos sentimos la alegría de haber tenido que afrontar el peligro sin titubeos; de estar, por fin, en los naturales riesgos de nuestra profesión; de verificar, con entusiasmo, que la literatura no es un arte de ociosos para distraer en el ocio al individuo, sino un arte que le enseña a forjar el mundo con propias manos.

Por mi parte me adelanto a expresar mi alegre conformidad con una vida terriblemente dura, cuyas inauditas consecuencias no alcanzan a acallar nuestras voces. En nuestro canto constante no hay asomos de resentimiento y lo ilumina, en cambio, el regocijo de ser

hijos de una época en la que el solo manipuleo de las palabras comporta una tremenda responsabilidad. No pudimos nosotros jugar a los vocablos, como los literatos de la generación de fin de siglo, y tuvimos que evitar, por igual, manifestándonos en apretadas síntesis, la sensual atracción del floripondio literario y la aristocrática clave de los signos herméticos; el desdén por la sencilla lengua del pueblo y la petulante declamación de barricada. Un mundo nuevo, que se va estructurando en medio de atroces convulsiones, deja por momentos al descubierto, la máscara de repugnante egoísmo de quienes luchan por impedir, o retardar hasta que ellos no sean de este mundo, el advenimiento de la justicia social, resultancia extrema de toda cultura.

No se trata de manifestaciones políticas, pues el escritor es juez y no parte. Su libertad de juzgar le exige que permanezca al margen de las contiendas en particular, salvo que se decida a quebrar su pluma, para poder así examinar las cosas con amplitud, sin pasión, sin parcialidad, a fin de que no quede un solo hombre, por absurda que sea su posición, sin su asistencia espiritual. El escritor defiende con su pluma las conquistas superiores de la civilización; trata de impedir que el hombre retroceda espiritualmente; indaga en el misterio de la vida y fortalece el corazón de la criatura humana frente a la eternidad, sustrayéndola a los vanos consuelos de candorosas creencias, a la nefasta influencia de absurdas idolatrías, de retrógrada superstición; señala sin titubeos la ruta restaplandeciente de la libertad, de la fraternidad, de la verdad que es la belleza. Cuando la violencia desplaza a la razón, el alto magisterio del escritor se desploma, el mundo que contribuyó a crear se esfuma, por-



Leónidas Barletta

que la lucha por los intereses vitales no es del individuo sino de las multitudes. Por eso el escritor tiene que sobreponerse, en cada caso, al desdén de sus contemporáneos, y a la furia persecutoria de quienes alternativamente detentan el poder. Esta conducta es la que caracteriza la pureza de su obra y la que conviene a los más altos intereses sociales.

No es fácil, en verdad, asumir esa posición deslucida y saber que, en todos los casos, en todos los tiempos, nuestra misión es la de contrariar a quienes buscan reposo en los esquemas que conforman sus inclinaciones, para incitarlos a emprender desinteresadamente la gran aventura de vivir, con la inquietud de lo desconocido, sin más amparo que la nobleza del espíritu y sin otra ambición que la incesante persecución de la belleza.

La benevolencia y la amistad de ustedes, lejos de aliviarme esta tarea, me compromete a expresarme con ambiciosa exactitud.

Seamos escritores del mundo, custodios alertas del acervo espiritual; que esta fuerza imponderable tenga en nosotros, sus productores y defensores. Comencemos de nuevo, cada vez, con empeñamiento, a exponer las verdades inmutables, que la codicia material y la ignorancia, mantienen todavía como teorías exóticas, y por cuya vigencia la humanidad se encuentra en permanente conflicto. Proclamemos sin claudicaciones, valerosamente, nuestro ideal de una humanidad sin fronteras; de una sociedad no sometida a la clase que compone el Estado; de la abolición del esclavo proletario, de la extirpación de las fuerzas retardatarias del progreso y por sobre todo combatamos vigorosamente a la ignorancia, sobre la que descansa la estructura sin base de una sociedad que periódicamente desemboca en matanzas inicuas, envileciendo nuestros espíritus y desmintiendo nuestra cultura.

El Estado como poder administrador puede ordenar nuestra profesión y darle el lugar que le corresponde en la sociedad; pero no puede promover ni defender la cultura porque, en suma, su propia existencia es contraria al concepto de cultura. Un pueblo culto no puede ser sometido a los intereses de una clase, porque la cultura no reconoce clases y el Estado no sólo las reconoce, sino que las necesita para oponerlas entre sí, y aparecer, en el libre juego de sus intereses, como poder armonizador y árbitro supremo.

Es el escritor el que debe destruir, con ló-



1. Eduardo Mallea — 2. Esmeralda Radaelli  
3. Alejandro Sirio — 4. Julio Aramburo

DIA DEL ESCRITOR  
13 de junio de 1948